



El sabio y el mar

Aunque su territorio natural son los libros, reconoce que “*es de la gente de quien lo aprendo todo*”. Con hablar pausado y frente a su Mediterráneo del alma, *Eduard Punset*, primer **Premio TELVA a las Ciencias** e infatigable “*buscador de respuestas a las incógnitas de la condición humana*”, nos desgrana su infancia, sus inquietudes y hasta su *pel·li* favorita.

Escribe: ELENA CASTELLÓ Fotos: TONI MATEU



Esta playa de Pineda del Mar es lo primero que Eduard ve cada mañana a la seis, cuando se sienta a escribir frente a su ventana.



“De niño me detectaron una enfermedad congénita por la que si me enfadaba mucho, se desataba una crisis. Aprendí a no enfadarme nunca”

Si uno conversa con Eduard Punset, tiene cierta sensación de desorientación, de que quizá no ha planteado las preguntas adecuadas. Donde uno inquiera por la economía, él habla de emociones; donde se menciona la palabra crisis, afirma que no hay razones para el pesimismo, sino todo lo contrario; donde se habla de política, él responde sobre educación. Pero, no, no está en absoluto alejado de lo cotidiano. Al contrario. De lo que está lejos es de los lugares comunes del debate público.

Eduard Punset, **I Premio TELVA a las Ciencias** por su trayectoria como divulgador científico, se refiere en realidad a lo que más importa: el aprendizaje en las escuelas, la necesidad de dar tiempo a la gente para que pueda pensar, lo esencial de elegir una vocación y profundizar en ella.

Hoy, como casi todos los días, se ha levantado a las seis de la mañana y se ha sentado a escribir, frente a la terraza abierta al Mediterráneo del pequeño apartamento de Pineda de Mar (Barcelona), en el que reside. Escribir, ésa es su única pasión: “Lo mío es una curiosidad infinita”, explica. “No doy abasto. Lo que me divierte es profundizar en el conocimiento de los demás, saber lo que les pasa por dentro. Y en eso me

paso embelesado todo el tiempo. No hay nada que se le pueda comparar”.

—¿Y cosas como pasear por la playa o tomarse un tinto con sus amigos...?

—Salgo poco, a la gente ya la veo en la calle. Normalmente mi vida es muy aburrida. Estoy con mi ordenador todo el rato. Y luego también viajo mucho.

“LOS FÁRMACOS NO SON LA SOLUCIÓN A LA TRISTEZA”

Hace ya muchos años que dejó su masía ampurdanesa de Fonteta y su vida en el campo, y se instaló en este pueblo de la costa —“*el menos pijo del Maresme*”, me dice—, con sus edificios de apartamentos y sus restaurantes con terraza separados del mar por la vía del tren.

Su mesa de trabajo, ubicada en mitad del salón comedor, está tomada por los libros. A un lado los que ha leído, al otro los que le quedan por leer. Hay volúmenes de Delibes, Damasio, Josep María de Sagarra, Alvin Toffler, Keynes. Y varios diccionarios. Y entre unos y otros, su ordenador. Pero el estudioso, que sólo parece sentirse cómodo en el territorio formado por su mesa y su silla de trabajo (siempre la preferirá al sofá cuando conversemos), se volatiliza de

pronto cuando bajamos a la playa para hacer las primeras fotos. Todos le saludan: la camarera del restaurante, los paseantes, los pescadores que descansan en la arena. “*Buenos días, don Eduardo, ¿qué tal está?*”. Dos adolescentes le hacen fotos con el móvil. “*Luego me las mandaréis, ¿verdad?*”, les comenta él. Una niña de unos siete años exclama: “*Mira papá, ¡el del pan Bimbo!*”. Y él parece encantado.

—¿Se siente usted cómodo con tanta popularidad?

—La mayoría de la gente no reacciona de ese modo, son contados los que vituperan. España es un país difícil, con cierta animadversión hacia el sector privado, del que se sospecha que nunca puede hacer un esfuerzo en aras de un bien colectivo: otro de los tópicos que hay que erosionar. Me siento tan bien haciendo lo que es necesario, como cuando tenía 17 años y estaba en el Partido Comunista. Igual.

—¿Se refiere a la tarea de dar a la gente los medios para que pueda adquirir el conocimiento?

—Exacto.

Sólo cuando le pregunto por la crisis económica, Eduard eleva el tono sin ocultar su indignación. “*El desamparo de la gente es increíble, está rodeada de mentiras*”, asevera. “*Es falso que estemos viviendo una crisis universal. Éste es un concepto que, como buen economista, no puedo aceptar. Lo que hay es una crisis de unos cuantos países que han vivido mucho más allá de sus propios medios, hay otros que están creciendo a tasas increíblemente elevadas, como China, India o México. Como les digo a mis nietas, hay muy pocas preguntas que tengan respuesta, pero, por Dios, las que tienen respuesta, las que están comprobadas, no las escondamos a la gente. Y una de las cosas que no*

“Es falso que estemos viviendo una crisis universal. China, India o México están creciendo de una forma bestial”



Punset, ex militante del PC, se exilió a Burdeos en 1956. Después vivió en Ginebra, París y Londres.



En su mesa de trabajo rodeado de libros de Delibes, Damasio, Keynes...



Eduard con sus padres y hermanos.



Un cuadro de su padre, médico rural, preside el salón.

MI CASA, MIS RECUERDOS



"Vivo en mi nube, con mis libros y bastante solo", confiesa el autor.



Su álbum familiar.

“Me exilié como au pair para un matrimonio de psiquiatras en Burdeos. Su hija es hoy mi mujer”

podemos esconder es que no hay una crisis planetaria o universal”.

—¿Qué le diría a una persona que ha perdido su trabajo?

—Sé lo que no se le puede decir. Para empezar, que la manada está dividida entre derechas e izquierdas y que no puede contar más que con la mitad: eso ya es una aberración. O que los fármacos son la única salida para combatir la soledad o la tristeza.

—En cualquier caso, ¿cómo podemos salir de esta situación? ¿Qué propone?

—En primer lugar, se debería introducir el aprendizaje emocional en las escuelas primarias. Además de disminuir el índice de violencia, aumentaría el altruismo. Otra reforma pendiente es la de ayudar a encontrar la vocación adecuada, a controlarla y profundizar en su conocimiento. No basta con elegir una asignatura y no equivocarse, sino que es preciso dominarla. Por último, habría que concentrarse en la prevención, en lugar de hacerlo únicamente en la prestación sanitaria. Estos son los tipos de reformas de los que vamos a hablar en los próximos años; no creo que pervivan -Dios no lo quiera- los planteamientos de tipo ideológico.

—¿Es usted optimista en este sentido?

— Mires donde mires, es muy difícil ser pesimista. Por un lado, los avances tecnológicos permiten soluciones meditadas y pacíficas. Por otro, la propia configuración cerebral alienta el optimismo: los procesos cognitivos más complejos transcurren por el inconsciente. Además, la plasticidad del cerebro ofrece la posibilidad de cambiarlo -si hubiera sabido eso a los 17 años, no hubiera entrado en el Partido Comunista, ¿para qué? (ríe)-. En ese sentido, lo más importante es desarrollar la autoestima en los niños. Con todo, tenemos que aceptar que los cambios sociales son más lentos que los tecnológicos.

“LA CIENCIA NO ES UNA DISCIPLINA, ES UN MÉTODO”

Contemplamos las innumerables fotos que cubren las paredes y desgrana algunos recuerdos. En ellas, aparece con sus padres, sus hermanos, sus compañeros de escuela, su hija Elsa. Hay muchas de sus años en la política, con Tarradellas, Soledad Becerril o Lech Walesa. En otra está junto a Adolfo Suárez, Carmen Díez de Rivera, Raúl Morodo y Rafael Calvo Ortega, “el núcleo duro

del CDS”, en el que militó algunos años. Un hermoso retrato de su padre, médico rural, preside la entrada al salón. Eduard le menciona siempre con admiración. Pero no es fácil que hable de cosas íntimas. Cuando le pregunto por su infancia o por cómo superó el cáncer de pulmón que padeció hace cuatro años, se queda un rato en silencio o cuenta de entrada algún descubrimiento reciente. “Vivo en mi nube, estoy con mis libros y muy solo, no recuerdo muchas cosas”, comenta.

t

iene tres hermanos más y su familia se instaló en una casa de la Vil·la Baixa, en Tarragona, cuando estalló la Guerra Civil. Allí pasó su infancia, en estrecho contacto con la naturaleza.

—¿Cuál es su recuerdo más querido de esa época?

—Mi relación con los animales -a las personas las conocí más tarde-. Convivía con las lechuzas de noche, y con las cabras y los gorriones por el día. Me divierte mucho preguntar a la gente cuál es la diferencia entre un gorrión macho y un gorrión hembra, y no entiendo cómo pueden vivir sin saber la diferencia, porque en Vil·la ¡no se podía! ja, ja.

—¿Y de la escuela, qué le marcó?

—El hermano Luis, lo llamábamos Xixous. Muchos científicos piensan que la ciencia es una disciplina, pero en realidad es un método. Este profesor nos enseñó, cuando teníamos 10 años, que había un método para pensar. Nos explicaba siempre cómo llegar a la respuesta.

—Estudió el bachillerato en Estados Unidos, algo nada frecuente en aquella época...

—Mi padre, que era un médico catalán, tuvo dos grandes aciertos. El primero, que nos envió a Madrid para que aprendiéramos el castellano, cosa que nunca hice del todo (ríe); y el segundo, alejarnos del franquismo. Consiguí que yo obtuviera una beca que me sirvió para hacer el bachillerato en Estados Unidos, en California, en la North Hollywood High School.

—¿Qué es lo que más le impresionó de allí?

—Aprendí lo que es la democracia en Estados Unidos. En el año 54 o 55, incluso con el país deambulando hacia el MacCarthysmo, pude leer el Manifiesto Comunista en la escuela. En España, eso era totalmente imposible. Y luego,

¿Y QUIÉN ES ÉL?

- Nació en Barcelona hace 75 años. Hijo de un médico liberal.
- Estudió Derecho en la Universidad Complutense y Economía en la London School of Economics. Trabajó para el FMI y *The Economist*, la BBC, y grandes empresas privadas. Fue ministro con Adolfo Suárez, conseller de Economía con el primer gobierno de Tarradellas, diputado y eurodiputado. Dejó la política en 1995.
- En la actualidad, es profesor de Ciencia, Tecnología y Sociedad en la Universidad Ramón Llull, miembro del jurado de los Príncipe de Asturias y tiene una Fundación dedicada a la enseñanza de la gestión emocional. Desde 1996, dirige y presenta el programa de divulgación científica *Redes*, por el que ha recibido innumerables

premios. Entre sus libros más leídos figuran la trilogía *Viaje a las emociones* y su última obra, *Excusas para no pensar*.

● Tiene tres hijas (una de ellas, Elsa, es filósofa y escribe en TELVA, otra es concejala ecologista en Altea) y cuatro nietas.

● Proyectos... “Estoy estudiando la prolongación de la esperanza de vida. Los niños que nacen ahora serán centenarios así que la gran tarea del siglo XXI será la redistribución del tiempo de trabajo. No tiene sentido que una persona viva cuarenta años jubilada y sin embargo, cuando tiene 30, no le den tiempo para cuidarse, ocuparse de la educación de sus hijos... Habría que aplazar la fecha de jubilación y reducir a la mitad la jornada laboral, cuando se tienen treinta o cuarenta años”.

“No tiene sentido que

una persona esté cuarenta años jubilada y a los treinta no tenga tiempo ni para respirar”

por supuesto, recuerdo lo que habría maravillado a cualquier joven: las camisas de colores, las primeras neveras que veía en mi vida, los primeros helados, las carreras de coches. Y los enfrentamientos con la policía.

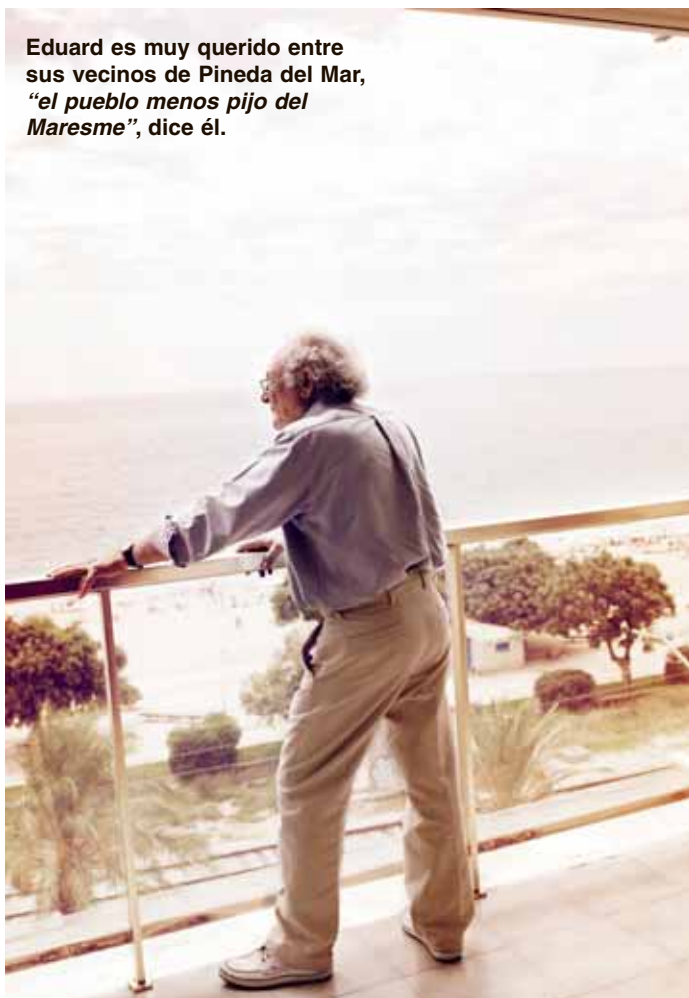
—El regreso a la España de los cincuenta debió ser muy duro.

—Nada más volver entré en el Partido Comunista, que era un poco el símbolo de apertura entonces. Un día, cuando iba a una reunión en un comité universitario, alguien me llamó avisándome de que no fuera porque estaba la policía. Llevaba el pasaporte encima, así que pude salir del país. Estuve exiliado 20 años. Contesté a un anuncio de trabajo como *au pair* en Burdeos. Era una familia de psiquiatras y su hija es hoy mi mujer. De ahí nos fuimos a Ginebra. En el 66, unos amigos me arreglaron los papeles y pude volver durante un año para terminar el servicio militar. A día de hoy siempre llevo el pasaporte encima.

“SOY TODO LO FELIZ QUE PUEDO SER”

Accede a que el fotógrafo mueva una lámpara, incluso algunos libros, igual que, nada más empezar, no puso reparos en cambiar su camiseta azul y sus pantalones oscuros por una chaqueta y un pantalón claros, y a probarse un par de sombreros.

Eduard es muy querido entre sus vecinos de Pineda del Mar, “el pueblo menos pijo del Maresme”, dice él.



—¿Y no lo es? ¿No son importantes las cosas pequeñas de la vida?

—Digamos que mi mentalidad no está orientada a disfrutar de ellas, sino a destripar lo que hay fuera. De mi paso por el PC me quedó cierta aversión a mirarse los intestinos porque era considerado introspectivo, religioso.

—¿A qué se agarraba para superar el miedo y la dureza de los tratamientos contra el cáncer?

—Me interesaba lo que hacían los médicos, eso era lo único. Pero quien más me enseñó, una vez más, fue *la manada*. Recuerdo sobre todo a la gente joven que intentaba confortar a sus viejos en la cama, o a los viejos que intentaban confortar a los jóvenes. Ese gregarismo y esa solidaridad son impresionantes.

—¿Sirve para algo el sufrimiento?

—Lo que de verdad enseña es el contacto con los demás.

—¿Qué cosas le irritan o le hacen perder la paciencia? Porque la perderá en algún momento...

—El ruido, me impide trabajar. Pocas cosas más. Cuando yo era muy joven, los médicos me dictaminaron un problema congénito, fibrilación paroxística ventricular o algo así, y me di cuenta de que si me enfadaba exageradamente, se desataba una crisis. Entonces, aprendí a no perder nunca los nervios.

—¿Qué científico le ha impresionado más de todos los que ha conocido?

—Stephen Jay Gould. Tenía mal carácter, pero me enseñó que no está claro que la evolución vaya cada vez hacia algo mejor y más perfecto.

—¿Es usted feliz?

—Es muy difícil que pueda serlo más. **T**

DICCIONARIO PUNSET

- **La inmortalidad:** “Siempre he pensado que lo que te hace vivir las cosas intensamente es su caducidad, es que se van a extinguir, que los átomos se van a disgregar”.
- **La soledad:** “No forma parte de la depresión, tiene vida propia y hay que gestionarla específicamente”.
- **La tristeza:** “Estar un poco triste es bueno, porque te ayuda a estar alerta, a protegerte”.
- **La ansiedad:** “A los niños nadie les enseña a distinguir entre ansiedad y miedo. La ansiedad te pone en estado de alerta delante de un examen, un viaje, un entierro. El miedo paraliza”.

TELVA en ORBYT.

¿Quieres saber cómo aprendió Eduard Punset a gestionar sus propias emociones?

Cuando el fotógrafo le pide que señale algún detalle personal en su mesa de trabajo, responde algo sorprendente: “No tengo cosas mías”. Y al intentar, una vez más, que me descubra otras pequeñas cosas que ocupan su tiempo, aparte de los libros, de nuevo se queda como en blanco: “Mi generación no fue al teatro, no tenía tiempo”. “Apenas fuimos al cine. Recuerdo *Blade Runner* como una gran película y basta, o casi. No hemos ido a discotecas, no hemos tenido tiempo de saborear una comida al lado del mar, sólo muy de vez en cuando, una vez cada dos años quizá, con los hijos y los nietos. No tuvimos tiempo para lo que la gente considera hoy que es importante”.